

NATURALEZA Y CORRUPCIÓN EN EL ANÁLISIS ARISTOTÉLICO DE LOS PLACERES HUMANOS

María Elena Díaz

UBA

El rol de la naturaleza en la filosofía práctica aristotélica es una cuestión compleja que ha levantado polémica entre los intérpretes. Uno de los problemas más graves que plantea es la oscilación, según el contexto de aplicación, entre un uso descriptivo y uno normativo de dicha noción¹, lo cual le quitaría poder explicativo en la argumentación ética, ya que no se podría fundamentar nada a partir de un concepto tan ambiguo. En cuanto a la cuestión de la naturaleza en la filosofía práctica aristotélica, no considero que las generalizaciones puedan tener valor hermenéutico, sino que es necesario analizar cuidadosamente las diferentes instancias donde Aristóteles remite a la naturaleza en el contexto de la ética y la política. Mi propuesta es tomar el problema de la naturaleza y la corrupción en la concepción aristotélica del placer, pues es un problema en el que Aristóteles ofrece una vía de solución a la dicotomía entre naturaleza en sentido descriptivo y naturaleza en sentido normativo. En su análisis del placer Aristóteles deja claramente establecido que existe un placer superior por naturaleza que en el caso de los seres humanos se identifica con el que acompaña a la contemplación, y es diferente, por tanto, con el que privilegia la mayoría de los hombres, que han llegado a considerar como paradigmas o los únicos existentes a los placeres corporales. La superioridad de dicho placer tiene dos niveles de fundamentación. Por un lado, es el placer más autárquico, ya que depende de menos requerimientos externos y está sujeto en menor medida a los vaivenes de la fortuna. Por otro lado, es el que más se acerca a la actividad del primer motor inmóvil, que es la causa final de todo el cosmos, y todos, aun los animales, tienden a él, aunque no sean conscientes de ello. Sólo tienen interés los elementos descriptivos en tanto y en cuanto revelan esa tendencia del cosmos hacia lo mejor, realizándolo dentro de cada especie, inclusive en el caso del hombre, que es el único de los seres que tiene la posibilidad de corromper su naturaleza por voluntad propia. No existe una tensión tal entre la naturaleza en sentido descriptivo y en sentido normativo, sino que la naturaleza en tanto fin supera, en el caso del análisis aristotélico del placer, dicha dicotomía.

Una primera aproximación a la problemática del placer en Aristóteles requiere tener presente que hay un placer natural para cada especie, obtenido por la satisfacción

de los deseos mejores para cada naturaleza. A diferencia de los animales, que tienen un único tipo de placer, los seres humanos tienen dos fuentes fundamentales de placer, según satisfagan los deseos provenientes de la *epithumía* o de la razón. Con relación a los placeres humanos, una tesis fundamental de Aristóteles es que no existe un concepto indiferenciado de placer, que permita establecer entre los mismos algún tipo de diferencia cuantitativa². En su búsqueda se puede errar tanto por exceso como por defecto.³ Así como el hombre puede asemejarse a los animales si elige una vida consagrada a los placeres de la comida, la bebida y el sexo, el inclinarse al otro extremo lo llevaría a asemejarse a los seres inanimados.⁴ No se trata entonces de un término medio entre placeres del mismo tipo, sino de un esquema un poco más complejo, donde los excesos pueden cometerse sólo con relación a los placeres emanados de las sensaciones corporales focalizadas en el sentido del tacto, y el defecto únicamente con relación a los placeres que surgen de las actividades más excelentes del hombre. Esto se debe a que no pueden cometerse excesos con relación a estos últimos placeres, ya que perfeccionan las actividades propias de la naturaleza humana, pero tampoco, dentro de los límites de la normalidad, se encuentran hombres que sean insensibles con respecto a los placeres corporales que están relacionados con las actividades necesarias para la supervivencia.⁵

Análisis del placer en el Libro VII de la Ética Nicomaquea

Como es habitual en el inicio de sus investigaciones, Aristóteles comienza ofreciendo las opiniones que se han sostenido acerca de la cuestión y polemiza fundamentalmente con aquellos que sostienen que el placer no es un bien ni por sí mismo ni por accidente. En su caracterización del placer niega que sea movimiento ni devenir; por el contrario, sostiene que es o *completa* una actividad más precisamente, caracteriza al placer como una actividad que no es impedida de ningún modo.⁶

Es muy interesante la consideración de las probables relaciones entre el placer y el bien supremo que Aristóteles hace en este libro, porque deja abierta la cuestión de que el placer pueda ser el bien supremo, porque no son los distintos tipos de vidas lo que está aquí en discusión, sino la refutación de la negación de todo carácter de bondad al placer. Después de llamar la atención acerca de que tanto los hombres como los animales persiguen el placer, explica de qué modo tendría sentido afirmar que el placer es el bien supremo:

“Pero, puesto que ni la misma naturaleza o disposición es o parece ser la mejor para todos, tampoco todos persiguen el mismo placer, si bien todos persiguen el placer. Y, quizá, lo que persiguen no es el placer que creen ni el que dirían, sino el mismo, porque todas las cosas tienen algo divino por naturaleza.”⁷

Pocos pasajes referidos a la problemática del placer son tan ricos como el que acabo de citar.⁸ El contexto remite claramente a la distinción entre los placeres propios del hombre y los del resto de los animales, aunque la frase “...no es el placer que creen ni el que dirían,...” sugiere que se extiende también a los seres humanos. En este último caso, sin embargo, no debe interpretarse como la aceptación de una variedad de placeres propios del hombre bajo los que se oculta una misma tendencia, sino la consideración de aquellos que, siendo seres humanos, presentan una naturaleza racional distinta de la de quienes poseen el uso racional pleno. Cuando Aristóteles sostiene que más allá de las diferencias, todos persiguen “el mismo” placer, se está refiriendo a la tendencia de todos los seres a la causa final del universo, pero no debe perderse de vista que cada especie realiza su fin en la medida que su naturaleza lo consiente, y es justamente allí, en la actividad que realiza dicho fin, donde radica su máximo placer.⁹

No se puede negar, sostiene Aristóteles, que los placeres corporales se presentan al hombre como los más apetecibles.¹⁰ Considera entonces interesante investigar las causas de este engaño, y ofrece una serie de razones. En primer lugar, el placer corporal expulsa el dolor, y entonces, frente al dolor excesivo se busca también el placer de manera excesiva. En segundo lugar, son los más generalizados, y hay hombres que sólo pueden disfrutar de este tipo de placeres, porque nunca alcanzaron alguno distinto. El tercer argumento que ofrece Aristóteles es algo más complicado. Está basado en las nociones de cambio y quietud, y contrasta la inmovilidad extrema (del motor inmóvil) con la movilidad también extrema (propia del hombre vicioso). Parte de la afirmación de que todos los seres vivos están en estado de actividad, opinión que recoge de los fisiólogos, pero no acepta que la actividad se identifique con el movimiento, porque la actividad realizada por el primer motor inmóvil se realiza en la más perfecta quietud. El placer de la actividad divina es entonces simple, ya que también la actividad lo es. Si para los hombres el cambio se presenta de manera frecuente como placentero¹¹, es a causa de la maldad, porque son los hombres viciosos los que necesitan este tipo de cambio constante. La naturaleza del hombre, a diferencia de la de dios, no es simple ni perfecta.¹² El primer motor inmóvil realiza una actividad simple en tanto es única, y perfecta en virtud de que la realiza todo el tiempo. El hombre, por el contrario, no realiza siempre el mismo

tipo de actividad, i.e., puede estar en reposo, pero también puede cambiar; y su actividad no es perfecta, porque aun cuando puede ejercer una actividad divina en la quietud de la contemplación, no puede hacerlo de manera constante, sino intermitente.

Análisis del placer en el Libro X de la Ética Nicomaquea

El tratamiento de placer en este libro obedece a un propósito diferente del que acabamos de analizar. Retomando la cuestión de la *eudaimonía* que Aristóteles había planteado en el libro primero, el propósito de este libro es mostrar la supremacía de la vida contemplativa y también argumenta en favor de que la vida contemplativa es también la más placentera.¹³

En el capítulo cuarto Aristóteles aborda el tratamiento metafísico del placer y niega que sea un movimiento, de igual modo que en el libro VII, ya que se da completo y no en una sucesión temporal divisible, y sostiene que el placer acompaña la actividad y la perfecciona, por lo cual el análisis del placer no puede estar divorciado del análisis de la acción.¹⁴

En virtud de que existen distintas clases de actividades, en el capítulo cinco aborda la cuestión de las diversas especies de placer correspondientes. Divide entonces las actividades en intelectuales y actividades de los sentidos¹⁵, subdivide inmediatamente a esta última de acuerdo a las diferencias que se dan entre los distintos sentidos, i.e, la vista, oído y olfato como superiores al tacto y al gusto (considerado por Aristóteles más bien como una subdivisión del anterior).

Además, en tanto diferentes, el placer por una actividad interfiere con el obtenido por una actividad diferente.¹⁶ Dada la estrecha relación entre placer y actividad, los placeres serán buenos, malos o indiferentes según resulten de una actividad de alguna de estas características.

Además de distinguir entre diversos placeres susceptibles de ser experimentados por los seres humanos, y de establecer una jerarquía entre ellos, Aristóteles llama la atención acerca de que cada especie animal tiene un placer propio que resulta de la actividad que responde a al propia función. Sin embargo, existe una profunda diferencia entre el hombre y el resto de los animales, análoga a la que señala en otro lugar¹⁷ acerca de la simplicidad de las tendencias animales contra la multiplicidad humana.¹⁸

Esta diversidad de placeres presente en los humanos de ninguna manera conduce según Aristóteles a un relativismo, ya que acaba de relacionar placer con actividad, y todo el desarrollo previo de la *EN* demostró la superioridad del hombre virtuoso, aunque existan muchos hombres viciosos y corruptos que no actúen ni sientan

el correspondiente placer de esa manera. Existe una notoria circularidad en la argumentación aristotélica, ya que define los placeres buenos en virtud del hombre virtuoso, y al hombre virtuoso en función de los buenos placeres, pero, como ha sugerido J. Annas¹⁹, no se trata de un círculo vicioso porque la noción del agente acerca de lo que es placentero no es externa a su concepción de la buena vida, y la vida verdaderamente buena involucra una noción de placer que está conectada esencialmente a la ejecución de acciones virtuosas. Estaríamos, según esta interpretación, ante un caso de interdependencia de dos nociones, que deben ser explicadas una en función de la otra. La confianza aristotélica de que existe una actividad propia del hombre que es la que determina su excelencia lo lleva a sostener la existencia de *una* clase placer que puede ser llamado legítimamente propio de hombre²⁰. Es uno de los rasgos que varios comentaristas mencionan como el “optimismo aristotélico”²¹.

Las otras actividades y los otros placeres correspondientes pertenecen al hombre sólo en un sentido secundario y derivado²², ya que no le pertenecen en tanto hombre, sino en la medida en que comparte algunas de sus características con los animales. Esta reinscripción del hombre en el conjunto de las especies animales le permite a Aristóteles la investigación de lo propiamente humano contra el telón de fondo de lo específicamente animal. En tanto tiene elementos comunes con los animales, experimenta placeres bestiales; en tanto tiene algo de divino, puede vivir el supremo placer de la contemplación. Pero como es un hombre, no puede satisfacer ambos a la vez, ya que uno se opone al otro. Arribando al final de la *Ética Nicomaquea* Aristóteles intenta mostrar que lo mejor es la vida conforme a lo que divino hay en el hombre²³, y que un género de vida tal resuelve el conflicto entre los placeres animales y divinos, entre lo irracional y lo racional, entre lo inferior y lo sublime.²⁴ Tal como había adelantado, la afirmación de la tendencia de todos los seres hacia la perfección del primer motor inmóvil y, en el caso de los seres humanos, la asociación del placer con la actividad plantean claramente la existencia de un placer natural superior para el hombre, que no se identifica con lo que sucede en la mayoría de los casos. Cuando Aristóteles pone el acento fuertemente en la noción de naturaleza como fin rompe con la dicotomía entre usos descriptivos y normativos del término. No pretendo sostener estas conclusiones se apliquen en todos los contextos del uso aristotélico de la naturaleza en la filosofía práctica, sino que es una vía de análisis fecunda.

Notas

¹ Lloyd, "L' 'idéé de nature dans la *Politique* d'Aristote" en AAVV, *Aristote politique*, Paris, Presses Universitaires de France, 1993, pág. 152.

² González, Francisco, "Aristotle on Pleasure and Perfection", en *Phrónesis* 36, 2 (1991), pág. 381. Tal como explicaré en el análisis de la concepción aristotélica del placer en los Libros VII y X de la *Ética Nicomaquea*, el placer está indisolublemente unido a la naturaleza (τὸ ἐν εἰ/δεῖ) de la acción que acompaña o perfecciona, y por lo tanto los distintos tipos de placeres difieren entre sí tanto como lo hacen las actividades correspondientes.

³ Arist. , *EE*, 1221 a 20 y ss.

⁴ Estas dos tendencias, i.e., la de asemejarse a los animales y la de parecerse a las plantas o a las piedras, son ambas posibles para los seres humanos, pero la segunda es la más extraña a la naturaleza del hombre, mientras que los deseos de los placeres que el hombre comparte con los animales tienen la capacidad de mover alma de una manera similar a los deseos emanados de la parte racional.

⁵ Me referiré indistintamente a las dos grandes investigaciones acerca del placer que se encuentran en la *Ética Nicomaquea*, en los libros VII y X. La presencia de dos tratamientos diferentes, en algunos aspectos de difícil conciliación, ha levantado polémica entre los intérpretes. Es interesante considerar que ninguna discusión remite a la otra, pero no se refieren a cuestiones diferentes ni tampoco presentan diversidad de respuestas. Parece más bien una cuestión de énfasis que responde a distintos propósitos. Creo que son, por lo tanto, complementarias, y no puede tratarse la cuestión del placer en Aristóteles sin hacer referencia a ambas, ya que cada una por separado presenta una visión unilateral que de ninguna manera refleja el pensamiento del Estagirita. Esto no significa ignorar los problemas acerca de su conciliación, que en parte pueden deberse a las razones que acabo de aducir.

⁶ Arist., *EN* 1153 b 9-12.

⁷ Arist. *EN* VII, 13, 1153 b 28 y ss.

⁸ Ya en el comentario de Gauthier- Jolif (*L'Étique a Nicomaque*, p. 810) se llama la atención acerca de los tres planos de análisis que Aristóteles distingue en este pasaje: el plano de la apariencia, el plano de la realidad superficial y el plano de la realidad profunda.

⁹ Para establecer en qué sentido pueden ser buenos los placeres corporales[1], hace una distinción entre los distintos sentidos en que se puede predicar "bueno" acerca de ellos:

1) *simpliciter*: buenos de manera absoluta, tal como el bien absoluto se opone al mal absoluto, sin ningún tipo de calificación.

2) no-malos: sin ser completamente malos como en el caso anterior, serían buenos con relación a algo: en tanto no perjudican.

3) buenos dentro de un cierto límite: tal como lo expresa con la preposición με/χρι, que señala justamente el límite *hasta* donde llega un movimiento.

¹⁰ Arist. , *EN* VII, 14, 1154 a 24 y 25.

¹¹ Y cita en apoyo de esto un verso de Eurípides: μεταβολῆ πα/ντων γλυκυ/ (*Orestes*, 234)

¹² Arist. , *EN* VII, 14, 1154 b 25 y ss.

¹³ Tiene que argumentar entonces a favor de que la vida dedicada solamente a los placeres no es lo mejor, y entonces polemiza fundamentalmente con Eudoxo, el astrónomo que había sostenido que el placer era el bien.

¹⁴ Es en este punto donde se plantea una diferencia con el tratamiento del placer en el libro VII, ya que allí identifica sin más el placer con una actividad, mientras que aquí niega de manera explícita que el placer y su actividad correspondiente sean lo mismo (tau)ton).Arist., *EN* 1175 b 31-35. Estas diferencias, sin embargo, pueden deberse al contexto de la discusión, ya que en el libro VII se concentra en evitar la identificación del placer con un movimiento en proceso de llegar a ser, y no cierra la posibilidad de volver sobre la definición del placer para refinarla como lo hace en el libro X.

¹⁶ *Ibidem*, 1175 b 3 y ss. En el ejemplo de Aristóteles, el placer de aquellos que se deleitan en escuchar la flauta es mayor que el que los mismos obtienen a través de la conversación, con lo cual cuando escuchan esa música no pueden prestar la debida atención a una conversación.

¹⁷ Cfr., por ejemplo, *EE* II, 8, 1224 a 15 y ss.; 1224 a 24. ; 1224 a 25 y ss.; *De An.*, III, 10, 433 a 18 y ss..

¹⁸ “Así, los placeres de animales diferentes son diferentes en género, y es razonable pensar que los placeres dentro de cada especie no difieren. En los hombres los placeres varían no poco, pues las mismas cosas agradan a unos y molestan a otros.” (Arist. ,*EN*, X, 5, 1176 a y ss.)

¹⁹ Julia Annas, “Aristotle on Pleasure and Goodness”, en *Essays on Aristotle’s Ethics*, Los Ángeles, University of California Press, 1980, pág. 289.

²⁰ *Ibidem*, X, 5, 1176 a 26 y ss.

²¹ Cfr., por ejemplo, Julia Annas, *op. Cit.*, pág. 298. y efectivamente es un rasgo de optimismo, y no de ingenuidad, porque no es una cuestión aislada en el pensamiento de Aristóteles, sino que responde a su concepción metafísica del universo entero dirigido hacia u fin que se identifica con el bien, y que es realizable dentro de los límites de cada especie. Lo sorprendente entonces sería que adoptara una actitud pesimista acerca del hombre, aunque su diagnóstico acerca de la situación ética concreta de los hombres lo sea. Esto sucede porque el hombre, si bien no es lo más excelso del universo, es lo más complejo, porque posee dos principios de movimiento.

²² *Ibidem*, 1176 a 30, donde califica a dichos placeres de *deute/rwj kaii pollostw¹/₂j*.

²³ “Tal vida, sin embargo, sería superior a la de un hombre, pues el hombre viviría de esta manera no en cuanto hombre, sino en cuanto que hay algo de divino en él, y la actividad de esta parte divina del alma es tan superior al compuesto humano.”(*EN*, X, 7, 1177 b 26 y ss.)

²⁴ La resolución del conflicto no implica la supresión de lo inferior, irracional y animal, sino su integración bajo la dirección de la razón, o, si se quiere, bajo su dominio, siempre que no lo entendamos como una dominación despótica.